

## Decisiones que cambian destinos

Cuando llegamos al primer libro de Samuel surgen varias preguntas, ¿qué esperanza habrá para esa nación? ¿Cuándo van a mejorar las cosas? ¿Qué pasará? ¿Qué hará Dios para traer esperanza para el futuro de esta nación que se encuentra en dificultad? Leyendo el texto de la versión de la Biblia Reina Valera Contemporánea, vemos que empieza hablando sobre un hombre llamado Elcaná, o Elcana, que vivía en los montes de Efraín. “Elcana tenía dos mujeres; una de ellas se llamaba Ana, y la otra, Peniná. Ésta tenía hijos, pero no así Ana. Todos los años Elcana salía de su ciudad para ir a Silo y adorar allí al Señor de los ejércitos. Allí oficiaban como sacerdotes JofnÍ y Finés, hijos de ElÍ. Al llegar el día en que Elcana ofrecía sacrificio, les daba su parte a Peniná, su mujer, y a todos sus hijos y sus hijas, pero a Ana le daba la mejor parte, porque la amaba, aunque el Señor no le había concedido tener hijos. Pero Peniná la molestaba y la hacía enojar hasta entristecerla, porque el Señor no le había concedido tener hijos. Peniná se burlaba de Ana cada vez que iban a la casa del Señor, y por lo tanto Ana lloraba y no comía. Un día, Elcana le preguntó: «Ana, ¿por qué lloras? ¿Por qué no comes? ¿Por qué estás afligida? ¿Acaso yo no soy para ti mejor que diez hijos?»”

Observa con atención el drama que encontramos aquí. Es muy interesante porque la mente del lector que sigue el texto sagrado, que ha leído Jueces y Rut, ya piensa en el futuro de la nación, es decir, qué pasará con esta nación que no tiene dirección, que no tiene un gobernante fijo, que no sabe qué será de su futuro, que tiene grandes dificultades. Podemos ver incluso que en la Biblia el libro de Jueces termina con aquellos textos, digamos, difíciles de digerir, del 17 al 21, y ahora empieza directamente con el primer libro de Samuel. Así que ¿cuál es la expectativa? ¿Qué podríamos esperar del texto?

Probablemente algunos estaban pensando que quizás surgiría aquí un gran profeta, un gran guerrero, un rey maravilloso, un profeta de Dios con un mensaje extraordinario. ¡Pero no! Para sorpresa de todos, de repente surge la figura de Elcaná, que tiene dos esposas. Una de ellas, Ana, está triste y llorando, siendo provocada por su rival porque no tiene hijos.

Sin embargo, veremos que la esperanza que Dios tiene reservada para su pueblo tendrá lugar mediante su acción extraordinaria: por medio de una mujer estéril que se convertirá en madre. El texto nos revelará cómo Dios una vez más mostrará su poder y mostrará que las cosas no dependen del poder humano, sino de la intervención divina porque en vez de aparecer una persona extraordinaria, un gran hombre y profeta de Dios, surge una mujer estéril pidiendo hijos. Y el texto de la Reina Valera Contemporánea sigue adelante, “Y Ana se levantó, después de comer y beber en Silo. El sacerdote ElÍ estaba sentado en una silla, junto a un pilar del templo del Señor. Entonces ella oró y lloró al Señor con mucha amargura, y le hizo un voto. Le dijo: «Señor de los ejércitos, si te dignas mirar la aflicción de esta sierva tuya, y te acuerdas de mí y me das un hijo varón, yo te lo dedicaré, Señor, para toda su vida. Yo te prometo que jamás la navaja rozará su cabeza.»”

Notamos que Ana, en su gran desesperación, hace una promesa a Dios de dedicar a Samuel, su futuro hijito, como vemos en el nombre del propio hijo, como nazareo dedicado al Señor. “Y mientras ella oraba largamente delante del Señor, Elí la observaba mover los labios. Y es que Ana le hablaba al Señor desde lo más profundo de su ser, y sus labios se movían, pero no se oía su voz, así que Elí creyó que estaba ebria. Entonces le dijo: «¿Hasta cuándo vas a estar ebria? Digiere ya tu vino.» Pero Ana le respondió: «No, señor mío; no estoy ebria. No he bebido vino ni sidra. Lo que pasa es que estoy muy desanimada, y vine a desahogarme delante del Señor. No pienses que tu sierva es una mujer impía. Es tan grande mi congoja y mi aflicción, que hasta ahora he estado hablando.» Elí le respondió: «Vete en paz, y que el Dios de Israel te conceda lo que le has pedido.» Y ella respondió: «Espero que veas con buenos ojos a esta sierva tuya.» Y Ana se fue de allí, y comió, y dejó de estar triste. Por la mañana, adoraron delante del Señor y regresaron todos a su casa en Ramá. Allí, Elcana tuvo relaciones con Ana, y el Señor se acordó de lo que ella le había pedido. Ana quedó embarazada y, cuando se cumplió el tiempo, dio a luz un hijo, al que le puso por nombre Samuel, pues dijo: «Yo se lo pedí al Señor.»».

Ya estamos observando en gran parte de aquello que está en el Antiguo Testamento que Dios muestra que el poder le pertenece a él, que él es el redentor de la historia. En el momento más difícil de la historia religiosa de Israel, cuando el pueblo está sufriendo por el sincretismo y su abandono, Dios actúa de manera especial e interesante pues lo hace creando una dificultad tremenda en la vida de Ana, así como hizo en la vida de Rut.

Ana entonces busca al Señor, se humilla y hace una petición. Dios le da un hijo de manera extraordinaria, y ese hijo será absolutamente dedicado al Señor. La esperanza de la nación de Israel, la esperanza que preparará el inicio de una monarquía en Israel, es una esperanza que surge de una sencilla madre que había sido una mujer estéril. El texto sigue adelante diciendo: “Al año siguiente, Elcana fue con toda su familia a ofrecer su sacrificio al Señor y cumplir con su voto. Pero Ana le dijo a su marido: «Yo no iré hasta que destete al niño. Entonces lo llevaré y lo presentaré al Señor, para que se quede allá para siempre.» Y Elcana le respondió: «Haz lo que creas que es mejor. Quédate hasta que lo destetes, y que el Señor cumpla su palabra.» Y Ana se quedó y crió a su hijo hasta que lo destetó. Después, lo llevó con ella a la casa del Señor en Silo, y además llevó tres becerros, veinte litros de harina y una vasija de vino. El niño aún era muy pequeño. En cuanto mataron el becerro, el niño fue llevado a Elí. Y ella le dijo: «Señor mío, ¡que tengas una larga vida! Yo soy aquella mujer que estuvo aquí, junto a ti, orando al Señor. Oraba por este niño, y el Señor me lo concedió. He venido porque prometí dedicarlo al Señor para toda la vida. ¡Para siempre será del Señor!» Y allí adoró al Señor.”

Ana fue muy bendecida por Dios. En una manera muy especial, esa mujer, que será una de las grandes madres del Antiguo Testamento, muestra que su actitud hacia Dios es absolutamente ejemplar y absolutamente correcta.

Es interesante ver que las cosas aquí son muy especiales. Por ejemplo, observamos que Ana, para cuidar de su pequeño Samuel, decide no ir al santuario en una determinada ocasión. El texto dice que ellos estaban ofreciendo el sacrificio anual,

que tenían que ir hasta Siló, y Ana le dio prioridad al pequeño bebé. Y eso de ninguna manera ofende a Dios. El que no cuida de su familia no puede ser un buen cristiano dentro de la comunidad de la fe.

Es bueno destacar también que Ana habló con su marido y él la trata muy bien. Él considera su petición y no la trata con una actitud de faltarle al respeto a su mujer por su decisión. Fíjate que ella, una mujer estéril que espera un hijo, ora por él; ella sabe que nuestros hijos pertenecen a Dios. Y es interesante que llegado el momento oportuno, tras destetarlo →y me pongo a imaginar el corazón de una madre y cómo debió sentirlo- ella va y entrega su hijo al Señor conforme había prometido.

Puedes imaginar a Ana volviendo después de haber dejado al pequeño Samuel, quizás a sus 4 años de edad, en el santuario de Siló. Así que lo que vamos a descubrir aquí es que Dios actúa de manera especial y extraordinaria en la vida de personas comunes. La gran esperanza para el futuro de la nación está en la figura de una simple madre. ¿No te parece extraordinario? ¿No es algo maravilloso?